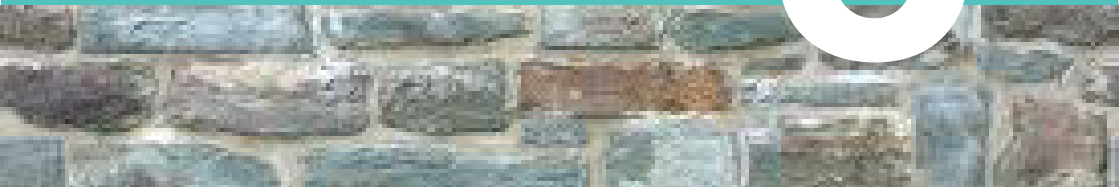


Orden Franciscana Seglar

Nuestra Regla y Vida

Itinerario Franciscano para la Formación
OFS Argentina 1998-2000
Reedición 2014

8

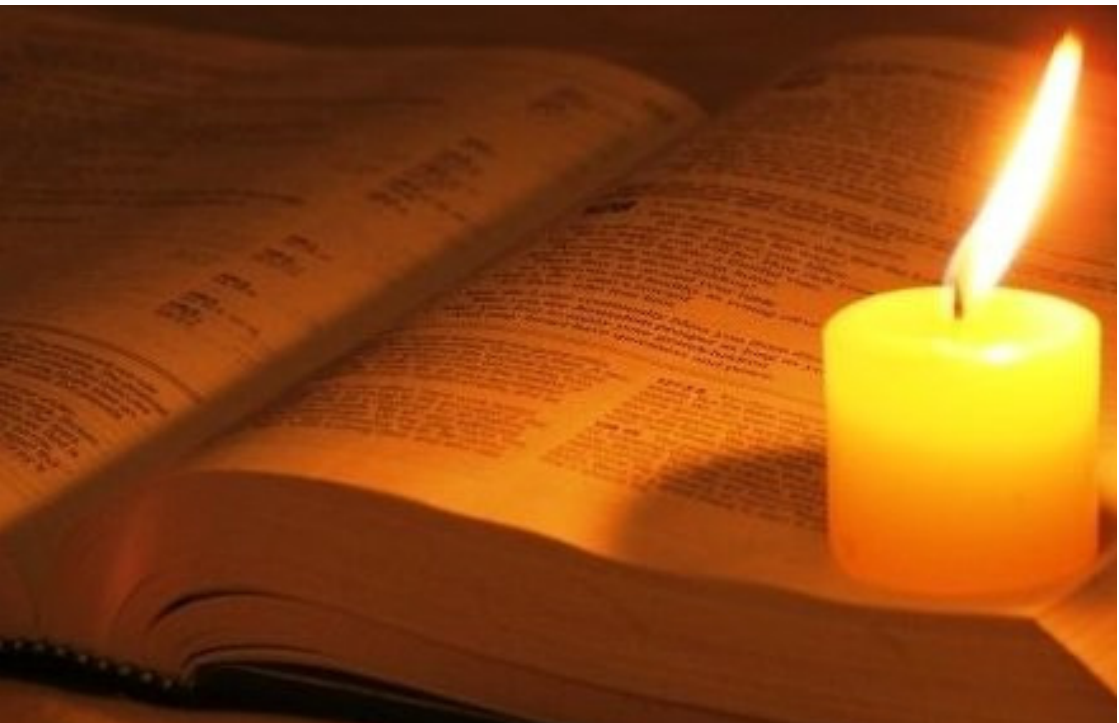


Texto de la Regla

Artículo 8.

Como Jesucristo fue el verdadero adorador del Padre, del mismo modo los Franciscanos seculares **hagan de la oración y de la contemplación el alma del propio ser y del propio obrar.**

Participen de la vida sacramental de la Iglesia, especialmente de la Eucaristía, y asóciense a la oración litúrgica en alguna de las formas propuestas por la misma Iglesia, reviviendo así los misterios de la vida de Cristo.



Contemplación:

“Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad y pronunciaré delante de ti el nombre de Yahvé (...) Pero mi rostro no podrás verlo, porque no puede verme el hombre y seguir viviendo.” (Ex. 33, 18-20)

“¿Quién eres Tú y quién soy yo?” repetía Francisco en su éxtasis.

Al tomar conciencia de la realidad soberana de Dios, el contemplativo se entrega a un acto de inmensa altura espiritual: adora.

De la adoración y la alabanza surge toda acción que edifica la Iglesia. A menudo, y superficialmente, se contraponen el hombre de acción al contemplativo, olvidando que toda gran empresa nace de una visión de inmensidad, es un gran sueño que antes se contempló. También la santidad es hija de la contemplación, porque los santos no lo son por mérito propio ni grandes esfuerzos personales. Lo son porque se han dejado habitar por Dios y lo han dejado actuar a Él.

El Evangelio nos enseña muchas cosas, pero la esencial y gran revelación, la verdad clave es esta: **Dios es nuestro Padre**. El aspecto benévolo y bienhechor, amoroso de Dios no resulta evidente por la observación de la naturaleza. Antes bien, ella nos muestra un poder, una fuerza creadora, que aparenta estar más allá del bien y del mal. Existe la muerte y la destrucción. Para descubrir la santidad del Omnipotente hay que contemplar, colocarse en el lugar de la plena luz, donde todas las ambigüedades desaparecen: Cristo.

“En él, la omnipotencia creadora se revela como un impulso de amor, como una vida ardiente que quiere comunicarse en plenitud. En Él se nos da a contemplar la verdadera gloria de Dios. En Él, podemos adorar a Dios en Espíritu y en Verdad.

Esa adoración no es una abdicación del espíritu. Es todo lo contrario. Es el acto por el que el espíritu se afirma y se abre a su auténtica grandeza, respirando un aire nuevo. El hombre que adora deja que un soplo de santidad le penetre y reine en lo más hondo de su

corazón. Y el espacio interior que ofrece a Dios puede ser cada vez más grande, más vasto, más profundo, ya que adorar es agrandar, agrandarse, dejar que Dios mismo se haga más grande en nosotros. Siempre más grande. Así se realiza en el hombre la imagen de Dios: se hace un ser radiante, como el sol, un ser en el que la grandeza se mide por su capacidad de amar y de darse". (Eloi Leclerc, Senda de Contemplación)

Francisco, verdadero místico, contempló este misterio y se dejó inundar por esa luz. Si queremos seguir sus pasos hemos de ir permanentemente de la contemplación a la acción y de la acción a la contemplación.

Hoy en día, hasta en la misma Iglesia se oyen cantos de sirena que nos instan al activismo, al eficientismo en el apostolado.

Los franciscanos seculares estamos llamados a mostrar con nuestro ejemplo de vida que las acciones verdaderamente comprometidas en la lucha por instaurar el Reino de Dios provienen de una vida sacramental vivida en plenitud, de una oración constante y de la libertad verdadera que da la vida ascética y contemplativa. No importan los mensajes manipuladores de un mundo que no sabe adónde va, pero pretende arrastrar a todos. El adorador de Dios se mueve en el mundo de las cosas y acontecimientos, pero "su morada está en el reino de la serenidad" (Ignacio Larrañaga). El adorador de Dios sabe, porque VIO, que el amor de Dios no es charlatanería. La gran prueba la tenemos en Cristo.

Francisco decía: "Dios mío y todas mis cosas". Si Dios es todas nuestras cosas, si es un Padre amoroso que nos cuida, nuestra tarea principal es dejarle hacer en nuestra vida.



ACTIVIDADES:

1. Reflexionar juntos estas palabras de Albert Einstein, tratando de relacionarlas con el concepto de contemplación que surge de la lectura del comentario del artículo que figura en la página anterior.

“Lo más hermoso que podemos experimentar es el misterio. Es la fuente de todo arte y toda ciencia de verdad. Aquel para quien esta emoción es desconocida, aquel que ya es incapaz de detenerse para maravillarse y sentirse transportado por un sentimiento reverente, vale tanto como un muerto, sus ojos están cerrados”. (Albert Einstein: “El mundo tal como yo lo veo”)

2. El ejemplo más perfecto y luminoso de la actitud contemplativa lo encontramos en el Magnificat. Es un verdadero ejercicio espiritual reflexionarlo, parte por parte, en fraternidad.

Sugerimos la siguiente organización:

Lc 1, 46-49

Lc 1, 50-53

Lc 1, 53-55



En las FUENTES FRANCISCANAS:

EL CUERPO DEL SEÑOR

Dice el Señor Jesús a sus discípulos: “Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie llega al Padre sino por mí. Si me conocieran a mí, conocerían, por cierto, también al Padre; y desde ahora lo conocen y lo han visto. Felipe le dice: Señor, muéstranos al Padre y nos basta. Le dice Jesús: ¿Tanto tiempo llevo con ustedes y no me han conocido?” (Jn 14, 6-9)

El Padre habita en una luz inaccesible (Cf. 1 Tim. 6,16), y Dios es espíritu (Jn 4, 2,24), y a Dios nadie lo ha visto jamás (Jn 1,18). Y no puede ser visto sino en el espíritu, porque el espíritu es el que vivifica; la carne no es de provecho en absoluto (Jn 6,63). Ni siquiera el Hijo es visto por nadie en lo que es igual al Padre, de forma distinta que el Padre, de forma distinta que el Espíritu Santo.

Por eso, todos los que vieron según la humanidad al Señor Jesús y no lo vieron ni creyeron, según el espíritu y la divinidad, que Él era el verdadero Hijo de Dios, quedaron condenados; del mismo modo ahora, todos los que ven el sacramento, que se consagra por las palabras del Señor sobre el altar por manos del sacerdote en forma de pan y vino, y no ven ni creen, según el espíritu y la divinidad, que es verdaderamente el santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, están condenados, como atestigua el Altísimo mismo, que dice: “Esto es mi cuerpo y la sangre de mi nuevo testamento, que será derramada por muchos” (Mc 14, 22—24); y “quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna (Cf. Jn 6,55).

Así, pues, es el Espíritu del Señor, que habita en sus fieles, el que recibe el santísimo cuerpo y sangre del Señor. Todos los otros, que no participan de ese mismo Espíritu y presumen recibirlo, se comen y beben su sentencia (cf. 1 Cor. 11,29).

Por eso, ¡Oh, hijos de los hombres!, ¿hasta cuándo serán duros de corazón? (Sal 4,3). ¿Por qué no reconocen la verdad y creen en el Hijo de Dios. Vean que diariamente se humilla (cf. Flp 2,8), como cuando desde



el trono real descendió al seno de la Virgen; diariamente viene a nosotros El mismo en humilde apariencia; diariamente desciende del seno del Padre al altar en manos del sacerdote. Y como se mostró a los santos apóstoles en carne verdadera, así también ahora se nos muestra a nosotros en el pan consagrado. Y lo mismo que ellos con la vista corporal veían solamente su carne, pero con los ojos que contemplan, espiritualmente creían que Él era Dios, así también nosotros, al ver con los ojos corporales el pan y el vino, veamos y creamos firmemente que es su santísimo cuerpo y sangre, vivo y verdadero.

Y de esta manera está siempre el Señor con sus fieles, como Él mismo dice: “Vean que yo estoy con ustedes hasta la consumación del siglo” (cf. Mt 28,20) (Adm 1)

LA LIMPIEZA DE CORAZÓN

“Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”.

Son verdaderamente de corazón limpio los que desprecian lo terreno, buscan lo celestial y nunca dejan de adorar y contemplar al Señor Dios vivo y verdadero con corazón y ánimo limpio. (Adm 16)

LA ORACIÓN LLEVA LA PRIMACÍA EN LA VIDA APOSTÓLICA

En todo lo que emprendía, Francisco ponía su confianza no en las propias fuerzas sino en la bondad divina, y su constante oración le permitía arrojar en el Señor todo cuidado. Afirmaba con convicción que, ante cualquier otra cosa, los hermanos deben pedir la gracia de la oración. Persuadido de que sin ella no se puede hacer nada bueno en el servicio del Señor, por todos los medios los animaba a dedicarse a ella con todo corazón. (LM 10,1)

Son mis caballeros de la Tabla Redonda los hermanos a quienes gusta vivir en lugares desiertos y retirados para entrenarse más diligentemente a la oración y a la meditación, para llorar sus pecados y los de los demás. Su santidad es conocida sólo de Dios y no pocas veces la desconocen los hombres y hasta sus mismos hermanos. Pero cuando sus almas sean presentadas al Señor por los ángeles, él mismo les enseñará el fruto y recompensa de sus trabajos, es decir, todas las almas salvadas por sus oraciones. (EP. 72)

Para seguir reflexionando:

Revisando la propia vida...

¿Cómo es mi vida de oración?

¿Qué entiendo por oración? ¿Qué acciones concretas implica en mi vida cotidiana?

¿Qué lugar ocupa en mi vida de cada día la oración?

¿Cómo es mi oración? ¿Qué es lo que me ayuda a orar? ¿De dónde brota mi oración?

¿Qué entiendo cuando en el Evangelio leo que se ha de adorar en Espíritu y vida”?

En estas páginas se está hablando de “contemplación” ¿Qué implica esto para mí?

¿Qué es aquello que invita la Regla cuando dice “hagan de la oración y la contemplación el alma del propio ser y del propio obrar”?

¿Guardan relación ...

... la oración, la contemplación y

... la vida sacramental?





Para seguir reflexionando:

UN CAMINO PARA LA ORACIÓN Y LA VIDA EN EL ESPÍRITU

El Espíritu como inspirador y pedagogo en la vida de Francisco

El hombre no está espontáneamente en consonancia con Dios. El hombre siente toda la pesadez de la tierra, es terrena, se inclina hacia la tierra. Su gravedad natural lo arrastra hacia lo visible, lo sensible, lo palpable. Alguna que otra vez, le preocupa lo invisible, pero eso que hoy se ha dado en llamar el «retorno» de lo sagrado, de lo religioso, de lo irracional, no es necesariamente un signo del retorno al Dios de Jesucristo; porque la vida interior cristiana es mucho más que un fenómeno psico-sociológico; es un don y una manifestación del Espíritu de Dios. San Pablo resume en una frase lapidaria y luminosa la fuente viva de la oración evangélica: «Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que exclama: ¡Abba! ¡Padre!» (Gal. 4, 6).

Para entrar y perseverar en la vida de oración, es preciso tener la convicción de que estamos «habitados por el Espíritu que llama, murmura, inspira, respira, intercede y adora en el corazón del ser humano» (cf. Rom 8, 26-27).

Francisco fue descubriendo progresivamente que Cristo es la fuente desbordante e inagotable del Espíritu y que sólo el Espíritu nos permite acoger, expresar, vivir el santo evangelio y nos abre el camino de la oración, del diálogo con Dios. En el cristianismo, Jesús y el Espíritu no pueden ser experimentados el uno sin el otro.

De hecho, el Espíritu Santo ocupa un lugar considerable en los escritos de Francisco, que habla con frecuencia de las «visitas» del Señor y de la «inspiración» de Dios. Para él, la vida de oración no es en primer lugar una cosa que yo «hago», sino una



presencia que yo «recibo». Una presencia que es más poderosa que nuestros pobres esfuerzos o sentimientos humanos, que no depende de la riqueza de nuestro vocabulario ni de nuestras formas de vivir. Sus biografías están continuamente jalonadas por ciertas expresiones clave como las siguientes: «Movido y tonificado por el Espíritu», «en el fervor del Espíritu»... El secreto de la fecundidad de su vida apostólica y contemplativo es sin ningún género de duda su total disponibilidad a la acción del Espíritu en su interior. Uno de sus biógrafos escribe: «Toda su vida interior fue una hospitalidad total al Espíritu, una perfecta docilidad a sus enseñanzas».

El nuevo «camino» trazado por Francisco y sus hermanos integrará de manera original esta dimensión vital del cristianismo. Originalmente, al no ser ni monjes ni clérigos, su lugar de oración no fue ni el claustro ni el coro de la catedral. Aprendieron a guardar silencio, a encontrarse con Cristo, a acoger su Espíritu, mezclados en el mundo de los artesanos, de los campesinos, de los enfermos y de los leprosos o recorriendo los caminos. En el mundo del trabajo y de los viajes, fue donde manifestaron que la vida interior en el Espíritu no está reservada a los monjes ni a los sacerdotes. Fueron carismáticos de altos vuelos, en el pleno sentido de la palabra, «contemplativos» en un claustro que tenía toda la dimensión de la tierra.

Hubaut, Michelle
 “EL CAMINO FRANCISCANO”



Oración:

Mi Dios y mi Todo.
Me has amado hasta el extremo, con un amor eterno.
Me amas, me estás amando.

Y yo, gusanillo, peno, por ahí, por las cosas que creo que me faltan.
Peno por los éxitos que quisiera tener.
Me culpo por virtudes de las que carezco.
Quiero llevar adelante mis propios planes creyendo que son tuyos.
Me hiciste para Vos, Señor, y yo no vivo cantando tu alabanza.
Ayúdame a contemplar la historia del mundo como una gran historia
de amor, la historia de tu amor divino no correspondido por el hombre.

Te adoro, mi Dios.
Por tu amor quiero hacerme hermano de las criaturas.
Por tu amor voy a cantar y bailar de gozo, seguridad y confianza.
Por tu amor, desde tu Cuerpo y tu Sangre, soy Iglesia.

Hazme pequeñito, Señor, y crece en mí, para que pueda recordar a los
hombres que canten tus maravillas aquí y ahora.
Si te tengo, nada me falta. Amén

